

—En nombre de la humanidad, destruyo esta jaula.

Los carpinteros acabaron la obra.

¡Ay! ¡cuán cierto es que no hay en esta vida ningun acontecimiento, que por alegre que sea, no tenga su lado triste para alguno! Un hombre habia allí, que con las lágrimas en los ojos, miraba caer en pedazos la jaula famosa. El duque de Chartres percibió su tristeza, y le preguntó la razon de ella.

—Monseñor, respondió el buen hombre, soy el suizo de la abadía, y sacaba gran provecho de esta jaula, que mostraba á los viajeros, refiriéndoles la historia del pobre gaceti-llero holandés: destruida la jaula, yo me he arruinado.

—Es verdad, dijo el duque de Chartres; yo os debo una indemnizacion.—Hé aquí diez luses, amigo mio, y en adelante, en vez de mostrar la jaula á los viajeros, les enseñaréis el lugar en que estaba.

En 1830, el duque de Chartres, ya Luis Felipe I, recibió una diputacion de la villa de Avranches, que en la mitad de un discurso felicitándole por su exaltacion al trono, intercaló este recuerdo de 42 años atrás.

El rey contestó á sus felicitaciones con aquella facilidad que le era peculiar, añadiendo despues:

—Os agradezco el haberme recordado lo que he mirado siempre como una dichosa circunstancia de mi vida. Allí dí, en efecto, pruebas de mi amor á la libertad y de mi odio al despotismo, representado en aquella horrible roca. Tengo, añadió, un cuadro que representa aquella escena.

¡Ah, señor! ¿no hubiérais mirado como á un falso profeta, al que os hubiese dicho al fin de vuestro discurso:

—Rey popular, tú volverás á abrir ese convento, volverás á llenar sus calabozos, y el ruido de las quejas y gemidos que harás exhalar en ellos desde 1833 á 1848, absorberá para siempre el ruido del famoso hachazo de 1788?

Y sin embargo, señor, solo él os hubiera dicho la verdad en medio de los aduladores que os rodeaban.

CAPÍTULO IV.

EL duque de Chartres habia destruido la jaula de madera de Luis XIV.

El pueblo iba á destruir la jaula de piedra de Cárlos V.

La dignidad real se engañó un dia: en lugar de encerrar los cuerpos en la Bastilla, llegó á encerrar las ideas.

Las ideas, mal comprimidas y guardadas por murallas de cuarenta piés de espesor, hicieron reventar á la fortaleza.

El pueblo entró por la brecha.

Los que forzaron la Bastilla no fueron ni Thuriot, ni Mailard, ni Elie, ni Hullin.

Fueron Pélisson, Voltaire y Linguet.

El duque de Orleans habia tomado parte en todos los movimientos que habian preparado la gran jornada del 14 de Julio; y solo su situacion falsa le habia impedido señalar francamente su posicion.

Si los La Fayette y los Lameth estaban incómodos en sus fracs republicanos, con mayor razon lo estaria un Orleans, un Borbon, un príncipe de la sangre, un descendiente del hijo quinto de San Luis.

Así es, que este hombre, que en Ouessant habia espuesto su pecho desnudo, sin mas coraza que su cordon azul, á las balas de siete buques de guerra ingleses, se revistió de un fuerte peto para ir á reunirse con sus tercios en la igle-

sia de San Luis, á la cabeza de cuarenta y siete miembros de la nobleza.

Todavía, poco seguro con su peto, faltóle aire que respirar y se sintió malo: abrióse su chaleco y se percibió la coraza que le revestia.

Una igual se mandó fabricar para Luis XVI el 10 de Agosto, y el rey, débil como era, rehusó el colocársela.

Todos conocen la admirable frase que lanzó Mirabeau con este motivo, frase llena de una sublime obscenidad.

Elegido por unanimidad presidente de la asamblea nacional, cuando se trató de reemplazar á Bailly, cuyas funciones espiraban el 1.º de Julio, rehusó la presidencia, calculando que cuanto mas visible fuera su posicion, tanto mas necesario le seria tomar un partido rápido y decisivo. El pobre príncipe se encontraba mas á gusto en su media oscuridad, donde creia poder disimular mejor los latidos de su corazon y la palidez de su semblante.

Hé aquí por qué el partido de Orleans nunca fué bastante fuerte para obrar por sí solo, pero sí bastante visible para merecer que se le acusára.

Mucho tuvo que ver la Inglaterra en esta acusacion.

“Gastad, gastad, decia Pitt, y sobre todo no me deis cuentas.”

Así es, que estos millones que Pitt ordenaba se gastasen, servian no solamente para hacer una revolucion en Francia, sino para hacerla segun el corazon y los sentimientos de la Inglaterra; es decir, una revolucion terrible, sangrienta, infame muchas veces. Los ingleses tenian que hacer olvidar una cosa y que vengarse de otra.

Tenian que hacer olvidar la revolucion de 1648, el cadalso de Wite-Hall, los once años del reinado de Cromwell.

Tenian que vengarse del apoyo que prestó Francia á la América durante la guerra de la independenciam.

Pitt queria mucho menos á Washington libertando á su país, que á La Fayette coadyuvando voluntariamente al engrandecimiento de una nacion que no era la suya.

¿Se desea saber lo que pensaba madama de Staël, ese genio fuerte y noble, del carácter débil del duque de Orleans?

Copiarémos:

“Habia mas disgustos que proyectos, mas veleidades que ambiciones verdaderas. Lo que hacia creer que el partido de Orleans existia, era la idea establecida entre los publicistas de entonces, de que el estraviarse de la línea hereditaria, como habia sucedido en Inglaterra, podia ser favorable para el establecimiento de la libertad, colocando á la cabeza de la constitucion á un rey que la deberia el trono, en lugar de un rey que se creeria despojado por ella.

“Pero el duque de Orleans era, bajo todos conceptos, el hombre menos á propósito para representar en Francia el papel de Guillermo III en Inglaterra; y aun prescindiendo del respeto que se debia y se tenia á Luis XVI, el duque de Orleans no podia ni sostenerse á sí mismo, y por consecuencia, mucho menos podia servir de apoyo á ninguno.— Poseia mucha gracia, modales nobles, espíritu de sociedad; pero los acontecimientos que sufrió en su vida, desarrollaron en él una gran ligereza de principios; y cuando se sintió agitado por el huracán revolucionario, se encontró sin freno y sin fuerza alguna para detenerse. Mirabeau sondeó su valor moral en algunas conversaciones, y se convenció, despues de haberlo examinado, de que ninguna empresa política podia tener fundamento fijo en un carácter tan raro.

“El duque de Orleans votó siempre de acuerdo con el partido popular de la asamblea constituyente, quizás con la vaga esperanza de sacarse la primera suerte; pero esta esperanza jamas tuvo consistencia en cabeza alguna.

“Se dice que él ha comprado al populacho; pero sea esto cierto ó no, se necesita no tener ninguna idea de la revolucion para imaginarse que el tal dinero, si ha sido dado, haya ejercido alguna influencia. A un pueblo entero no se le pone en movimiento por tales medios. El mayor error de los cortesanos ha sido siempre el de querer buscar en algu-

nos hechos aislados la causa de los verdaderos sentimientos de la nacion entera.”

Madama de Staël tiene razon: los grandes movimientos populares se llevan á efecto tan solo por esa necesidad de un cambio que en sus desgracias experimentan las naciones.

Esos movimientos son instintivos, irresistibles, providenciales. Los intereses individuales se aprovechan de ellos y conducen siempre á las naciones á un término muy distinto del que ellas deseaban.

Por eso, los parisienses, al tomar la Bastilla en 1789, no querian seguramente ni la prision, ni el proceso, ni la muerte de Luis XVI.

Por eso los parisienses, al gritar *viva la Carta!* en 1830, no querian ni la caida de Carlos X, ni el llamamiento al trono del duque de Orleans.

Por eso los parisienses, al clamar *viva la Reforma!* en 1848, no querian ni la caida del rey Luis Felipe, ni la república.

Lo que querian en 1789 era una constitucion.

Lo que querian en 1830 era que se les quitasen los estatutos.

Lo que querian en 1848 era el cambio de ministerio, era la reforma electoral.

Los intereses individuales han hecho lo demas.

Nuestra opinion sobre esto es, que como la Providencia no puede operar sino por medios humanos, estos intereses individuales son los medios de que se sirve la Providencia.

Pero los acontecimientos se suceden con rapidez:—volvamos á ellos.

El 10 de Julio, La Fayette, el hombre de las iniciativas, el que pasó una parte de su vida en hacer revoluciones y la otra en comprimirlas, el 10 de Julio, La Fayette leyó la declaracion de derechos.

El 11 en la noche, en medio de su cena, recibió Necker

la órden de salir de Francia; metió la carta en su bolsillo, concluyó de cenar, y levantándose de la mesa pronunció esta sola palabra:

—Marchemos.

El 12, Luis XVI forma un nuevo ministerio, y el motin, ignorante todavía de su fuerza, mal asegurado todavía del peligro, el motin comienza á recorrer las calles.

Es Camilo Desmoulins, el único republicano quizá que hubiese entonces, en compañía de Péthion: Camilo Desmoulins es el alma de este alboroto.

El Palacio Real es el centro: el Palacio Real es el primero que ha tenido su *club*, el *Círculo social*, su diario, la *Boca de fierro*.

El Palacio Real, que tiene sus amotinados que enviarán diputaciones al cuerpo municipal (*Commune*) y á la asamblea.

Es del Palacio Real de donde brotan los hombres que quieren poner en libertad á los guardias franceses detenidos en la Abadía.

Es del Palacio Real de donde sale esa procesion que manchará de sangre el *Royal-Allemand*, y que lleva en triunfo los bustos de Necker y del duque de Orleans.

Es en el Palacio Real, en fin, donde muje el violento huracan que destruirá la Bastilla.

¿Adónde estaba el duque de Orleans durante esta terrible jornada? Tras de alguna ventana medio entreabierta, que miraba á una calle donde ardía la confusion y el desórden.

¿Adónde estaba el duque de Chartres? Oh! eso no lo sabe nadie: el duque de Chartres estaba con sus hermanos, su hermana y madama de Genlis en el castillo de Saint-Leu.

Pronto estaba á representarse el drama, cuando vinieron á avisar que las trincheras estaban ardiendo, que el *Royal-Allemand* habia hecho fuego sobre el pueblo, que los guardias franceses habian contestado al *Royal-Allemand*, y que se dirijian hácia la Bastilla.

Era una noticia demasiado interesante para que no se interrumpiese al momento el espectáculo. Los actores todos, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para cambiar de vestidos, montaron unos á caballo y otros en sus coches: uno de ellos llegó hasta el Boulevard en traje de Polifemo, y tomado equivocadamente por un aristócrata que se burlaba de la situación, le faltó poco para que le hubiesen hecho pedazos.

En esa época la casa de Beaumarchais, de la que todavía hemos conocido las ruinas, se alzaba sobre el Boulevard en medio de un delicioso jardín, con azotea. Beaumarchais era el amigo del Palacio Real: madama de Genlis condujo á los jóvenes príncipes á casa del autor de *El Casamiento de Fijaro*, y del jardín de éste fué desde donde vieron la caída de la Bastilla.

Esta caída causó un placer muy vivo al duque de Chartres.

Un folleto realista que tenemos á la mano le acusa de no haber podido contener el entusiasmo que experimentó con tal espectáculo.

“No podía estarse quieto un instante; movía los piés, se frotaba las manos, saludaba á todos los que pasaban, en fin, era tal su delirio, que madama de Genlis, que interiormente no estaba menos gozosa que él, creyó deber reprimir tan indiscretas demostraciones.”

No estamos nosotros de acuerdo con el folleto realista: ese entusiasmo era muy digno y hermoso, Señor. ¿Por qué no ordenásteis hacer un cuadro de la toma de la Bastilla, como lo mandásteis hacer de la destrucción de la jaula de fierro del Monte de San Miguel? Quizás ya rey hubiéseis fijado en él vuestra vista y hubiéseis comprendido qué poca lógica había entre la acción del príncipe y la conducta del rey.

Después de la jornada del 14 de Julio, llegó la noche del 4 de Agosto. El duque de Orleans tomó parte en los sacri-

ficios de esta noche, y renunció á todas sus prerrogativas como *Bailio-Desonniere* en la Francia Valona.

Pero nada de esto ministraba pan á la Francia, y la Francia se moría de hambre.

CAPÍTULO V.

Los terribles presagios se multiplicaban, no anunciando por esa vez la muerte de un rey, pero sí el fin de una monarquía: hacia un año que no se oía hablar mas que de desgracias.

El 13 de Julio de 1788 una granizada espantosa había devastado toda la Francia: el territorio de Chartres, el mas rico de Francia, se había arruinado completamente: cuarenta y tres parroquias de la isla de Francia no habían recojido sus cosechas, y de Clermont en Beauvoisis escribían que cincuenta y cuatro parroquias, no solo no tenían qué comer, sino que aun les faltaba para sembrar.

Y el invierno se aproximaba, con el terrible aliado del hambre, *el frio*; ¡pero qué frio! diez y siete grados.—El puerto de Marsella se heló; la mar se heló en Calais: mas de dos leguas podían andarse sobre los hielos del canal de la Mancha como si fuesen los de un Océano polar: el Loire se desbordó, el Rhóne inundó el valle: en las costas de Nantes se